



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Nina (de Saturnina) es una escritora que, años atrás, fue prometedora y brillante. Pero aquellos años de gloria pasaron y ella se quedó en eso: una promesa. Poco a poco, sus sueños fueron quedando aparcados, y su tiempo, ocupado por su trabajo en una revista de la que es despedida.

Tras ese golpe inesperado, Nina se siente una fracasada y decide regresar a

la casa familiar, junto a su madre y su hermana, Ane. También junto a los amigos de toda la vida a los que poco a poco fue perdiendo la pista. Ese regreso a sus orígenes la obligará a enfrentarse a nuevos reencuentros y viejos conflictos en su ciudad natal, una ciudad pequeña donde todos lo saben todo de los demás. Al menos, eso parece.

LO QUE NOS QUEDÓ POR DECIR

Un paisaje desolador, como el de esos escenarios apocalípticos que se pintaban en los filmes de los ochenta. Eso es lo que quedó cuando dijimos las cosas a medias, cuando lo que callamos nos horadó por dentro y se enquistó en las tripas hasta que estalló como una bomba con hongo incluido. Eso es lo que muestra Laura Santolaya en esta su segunda incursión en la ficción.

La autora hurga en la herida de los silencios no compartidos habitados por la culpa y las ganas de gritar, ahora sí, lo que una vez no dijimos por falta de tiempo, por vergüenza, por miedo las más de las veces. Sea entre madres e hijas, hermanas, parejas, amigos, los silencios de *Cara de susto* están ahí, agazapados a la espera de ese «clic» de no retorno, ese que cuando lo oyes te avisa de que ya es demasiado tarde. Pero Santolaya no lo da

todo por perdido y tiende puentes hacia ese tiempo sanador que todo lo cura —o lo olvida— y permite que las palabras florezcan y alumbren nuevos escenarios de vida en los que sus personajes puedan redimirse, perdonarse y crecer al calor de una nueva oportunidad. Un futuro que reconforta, que apetece explorar con una mirada nueva como la que la autora propone.

«... había algunos temas pendientes de los que no hablábamos que revoloteaban en nuestras conversaciones. Estaba segura de que ella también los tenía. Algún día tendríamos que sincerarnos y ponerlos sobre la mesa. Los silencios y los temas tabúes iban complicando y enquistando cada vez más nuestra relación, pero siempre cambiábamos de tema. Como si no pasara nada.»

LA INSOPORTABLE GRAVEDAD DE LA MUJER ADULTA

¿En qué momento dejamos de ser jóvenes? ¿Cuándo comenzamos a aceptar responsabilidades que nunca quisimos? ¿Elegimos las cargas o nos las imponen y aceptamos? ¿Son los estereotipos sociales nuestra peor pesadilla? Todas estas preguntas y muchas otras son las que sobrevuelan *Cara de susto*, una novela que se lee como un homenaje a quienes nacieron en los años ochenta y rozan ya la cuarentena; a quienes decidieron liberarse y vivir a su manera; a quienes se plantaron y dijeron «no» a lo que se espera de ciertas edades: un trabajo fijo, hijos, hipoteca en el banco, un amor cansado a cuenta de la seguridad y el miedo a la soledad y siempre a lo desconocido...

Fiel a su estilo, tan conocido sobre todo por sus ilustraciones inocentemente feroces, Santolaya reflexiona sobre el

peso de una sociedad que encasilla y señala, y carga sobre las mujeres el mayor de los pesos: el de una diferencia que asfixia y condena sus cuerpos. Ser hija, madre y «esposa», ser una mujer madura y responsable en la juventud, y una eternamente joven en la vejez. Y lo hace a través de un puñado de mujeres de diversas generaciones a las que viste con ropajes estereotipados y ubica en la misma ciudad de provincias: Carmenchu, Ainhoa, Trini, Raquel, Ane, Nina y su madre... Todas ellas representan diversas caras de lo que es ser una mujer y enfrentarse a los juicios por no querer ser madre, por ser más joven que la pareja si esta es un hombre, por decidir seguir sola. También todas ellas muestran lo que no ocultan, o lo que callan resignadas hasta que el inevitable «clic» activa la bomba:

«—¿No te apetece traer una vida al mundo?

—¿O abandonar tus sueños y esperanzas?

—¿No quieres encerrarte en un armario a llorar durante dos horas porque no tienes ni un minuto a solas?

—¿No quieres vivir en un mundo de dolor y oscuridad?

—¿No quieres conducir un coche lleno de mierda?

—Yo haría cualquier cosa por mi hija.

—Mis hijos me definen.

—Mi hija es mi vida.

—¡Salud!»

A todas ellas las vemos desde diferentes prismas, porque solo de ese modo podemos entender los comportamientos de cada una. Y aunque la novela está narrada en primera persona —a través de la voz de Nina—, un juego de espejos logra dar la vuelta a la imagen para que también veamos lo que lleva a la protagonista a tener ese enfado con el mundo. Sus juicios dejan de resultar entonces tan categóricos y notamos las grietas de lo que hasta ahora parecían sentencias. Y se hace la calma.

FRAGMENTOS

«Podría haber comprado un billete para irme a otro sitio, uno más alegre y soleado, pero no, regresé de nuevo a la ciudad donde nació. Siempre lo hacía. Cuando tenía una crisis, terminaba en un tren con destino a casa. Las decisiones de romper con mi anterior pareja, aceptar un nuevo trabajo o empezar la terapia las había tomado en un tren. Cuando la vida me venía grande, yo necesitaba sentirme pequeña. Me visualizaba tumbada en la alfombra de mi habitación adolescente y todos mis recuerdos aparecían para infundirme una fuerza vital que le daba sentido a todo.»

«No me reconocía en esas mujeres. Aunque probablemente ellas tampoco se reconocieran en mí. Mujeres que ocupaban el lugar del complemento, del adorno, en su vida en pareja. Que se encontraban como seres alienados repitiendo lo mismo todos los días sin preguntarse si era lo que querían. Que confundían rutina con seguridad y permanecían silenciosas y sin quejarse en su día a día. Que vivían por y para sus hijos, los apuntaban a actividades extraescolares, los llevaban a merendar tortitas, los bañaban por la noche y, si no cenaban, los amenazaban con “o te quedas sin loquesea”. Cuyos únicos placeres consistían en asistir a cumpleaños,

ir de compras, acudir a pilates o hacerse las uñas. Cuya belleza radicaba en la armonía entre parecer perfecta y sumisa. Incluso en su aspecto se parecían, el color de sus mechas, el maquillaje natural que simulaba una juventud impostada, las medias oscuras. Que entre ellas se llamaban amigas, pero su relación era tan superficial como necesaria y siempre vinculada a los hijos o sus parejas. Un colectivo donde la disidencia femenina no se aceptaba, mientras la masculina se veía como ingeniosa. En resumen, unas pasivazas de flipar.»

«En todas las casas había asuntos de los que resultaba difícil hablar, en la mía, además, existían pactos de silencio que implicaban callar frente a determinados temas, hechos o personas. No se hablaba de muertes, infidelidades, enfermedades o secretos, pues se partía de la base de que conversar sobre ello podría traer consecuencias. Sin embargo, una cosa era tener dificultad para hablar de algo y otra muy diferente el silencio.»

«Todavía no había alcanzado ninguno de los hitos de la gente de mi generación: un trabajo fijo, una casa, una pareja, hijos, quizá por eso se me tildaba de inmadura... Ane solía decirme que tenía el

síndrome de Peter Pan. Odiaba ese concepto, porque para mí simplemente era otra manera de llamar a la presión social, que según cumplías años, te empujaba a llevar a cabo ciertos estereotipos. Pero si yo era Peter, mi hermana era Wendy, alguien que trataba de agradar siempre y que anteponía los intereses de los demás a los suyos.»

«Lo que te digo es que hagas lo que te dé la gana porque te van a juzgar de todas formas. Lo importante es que te sientas bien, no que lo parezcas, da igual el cómo. Haz deporte, escribe, ponte bótox, maquíllate, muévete, pero haz algo. Solo hoy serás más joven que mañana y de lo que lo serás nunca.»

«Siempre me había fascinado la importancia que le daba la gente mayor a usar ropa interior nueva y limpia por si pasaba algo. No sabía si ese algo se refería a que te fueras a encontrar con Brad Pitt y quisiera ligar contigo o a que tuvieras un accidente y, en urgencias, los médicos vieran que llevabas unas bragas muy viejas y lo comentaran con otros médicos en la pausa para el café. Si algo nos habían enseñado las series de televisión es que los médicos tenían una vida lo suficientemente intensa como para no tener tiempo de comentar si una mujer llevaba o no unas bragas decentes. Además, esperaba que en urgencias hubieran visto cosas más desagradables que unas viejas bragas raídas.»

«... las mujeres solo podíamos ser una cosa, dejábamos de ser solteras para ser esposas, esposas para ser madres, madres

para ser viejas, pero en ningún caso se nos permitía ser varias cosas a la vez. Habíamos avanzado mucho como sociedad, pero las mujeres que se atribuían comportamientos asociados a otras etapas de la vida confundían a la gente. Particularmente, las mujeres solteras entre los treinta y los cuarenta años.

Para ser honesta, habiendo entrado ya en esa década, yo también estaba un poco confundida. No parecía haber un lugar real para nosotras entre los vivos. No éramos jóvenes, ni esposas ni madres ni tampoco ancianas. Cuando una mujer llegaba a los cuarenta sin pareja, no sabían en qué casilla colocarla.»

«Odiaba todo lo relacionado con aquellas comidas de tarro relacionadas con el positivismo y la psicología naif que decían que si trabajabas duro y eras amable con la gente, tus problemas se solucionarían. Toda esa mierda hacía que las personas se sintieran culpables cuando sus vidas, como todas las vidas, no conducían a una buena salud, a relaciones felices o a trabajos enriquecedores. Igual tenía que hacer como mi hermana y esforzarme más en fingir que todo estaba bien. Quizá así todo estaría bien. En mi cabeza.»

«Amor y odio, las dos caras de la moneda con la que se pagaba la incomunicación. Por eso era tan fácil pasar de uno a otro, incluso confundirlos. Si las personas nos conociéramos de verdad, desaparecerían tanto el odio como su opuesto. Y solo quedaría la amistad, el sentimiento más puro que, con mayor o menor intensidad, era respetuoso con quiénes éramos.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Cara de susto* es en cierto modo un homenaje a aquellos que nacieron en los años ochenta —en el libro se habla de algunos grupos, de los pósteres en las habitaciones...—. ¿Qué conocéis de aquellos años y de la llamada generación millennial?
2. El fracaso es uno de los temas importantes de la novela. Un tabú en nuestra sociedad, no así en otras. ¿En qué sociedades se valora mejor el fracaso? ¿Por qué aquí tiene una carga tan negativa? ¿Qué es para vosotros el fracaso?
3. También se habla del peso de la edad y de las expectativas: las propias y las que la sociedad apunta. Hablemos de esto: qué se espera de la gente según qué edad. ¿Cuál es el paso a la verdadera madurez? ¿Qué cambia de los veinte a los cuarenta años? ¿Cuándo nos hacemos «viejos» socialmente? ¿Qué problemas hay ante la vejez?
4. En el caso de las mujeres, las expectativas son más complejas, sobre todo en lo tocante al tema de la maternidad. ¿Cómo creéis que se ve hoy este tema de que una mujer no tenga hijos? ¿A qué preguntas se enfrentan las que han elegido no ser madres? ¿Qué se piensa de ellas? Y las madres, ¿cómo deben comportarse? ¿Qué se considera una mala madre?
5. Otro tema que les afecta a ellas: la protagonista sufre las miradas de quienes no entienden que a su edad no tenga pareja. ¿Por qué? ¿Sucede lo mismo en el caso de los hombres?
6. Trini tiene un problema diferente. Ella tiene pareja, pero... ¿qué ocurre en su caso? ¿Qué es lo que no se entiende de su relación? ¿Por qué?

7. La protagonista, que se queja de los estereotipos y de cómo la gente espera algo de ti según tu edad, también comete ese error. ¿Con quién o quiénes y por qué?
8. Nina también tiene prejuicios hacia sus amigos. Les tacha de aburridos, de convencionales... ¿Creéis que tiene razón? ¿Por qué motivo les juzga tan duramente? ¿Qué le ocurre a ella frente a ellos?
9. De aquello que no se habla no existe. ¿Qué problemas tienen estos silencios que solo evitan el afrontamiento? ¿Cómo inciden en la trama de la novela en diferentes momentos? Nombra los momentos y habla de la situación y de en qué momento se rompe el silencio.
10. Ane calla muchas cosas. Una hará que su vida estalle en mil pedazos. ¿Cómo es Ane? ¿Por qué momento vital pasa? ¿Qué relación tiene con su hermana? ¿En qué momento toma el timón de su vida y que cambios hace?
11. La novela está narrada a través de la voz de Nina, ¿qué importancia tiene esto? ¿Os gusta la primera persona? ¿Por qué? ¿Por qué crees que ha sido la elegida por la autora?
12. ¿En qué momento cambia el punto de vista de Nina y de qué manera afecta a su vida?
13. ¿Qué os ha parecido el final? ¿Lo esperabais? ¿Hubierais preferido un final menos amable?
14. ¿Os ha gustado el estilo de Santolaya? ¿Cómo lo definiríais y cuáles son sus puntos fuertes?

LA AUTORA



LAURA SANTOLAYA, nacida en Pamplona en los años ochenta, compagina su trabajo en una agencia de comunicación con

la ilustración. P8ladas es su *alter ego* en redes. Ha escrito varias novelas gráficas. *Bomba de humo* fue su debut en ficción.

